EL RETRATO DE DON AMOR

El retrato de don Amor dibujado por el Arcipreste de Hita ha llamado la atención por ser tan diferente de la imagen tradicional que se tiene de este dios:

Un omne grande, fermoso, mesurado, a mí vino;
yo le pregunté quién era; dixo «Amor, tu vezino»¹.

No el niño alado y rubio, pues, sino un hombre hermoso y alto; no el Cupido de la tradición clásica, sino un «vecino» llamado «Amor».

Ahora bien, como la literatura nace de la literatura², y como el Arcipreste es un malabarista en esta operación de partenogénesis, se ha intentado buscar modelos a este burgués «dios de amor». María Rosa Lida de Malkiel ha sido la primera en indicar un modelo en el gigante Enán, el interlocutor del protagonista-narrador del *Libro de las delicias* escrito por el médico de Barcelona Yosef ben Meir ibn Sabarra

¹ JUAN RUIZ, *El libro de buen amor*, 181 c-d, ed. J. Joset, «Clásicos Castellanos», Madrid, 1981².

² Este principio, que se podría entresacar de obras como la de E. R. Curtius o Gombrich, no tiene, desde luego, valor absoluto. Sin embargo, encaja muy bien con el *Libro de Buen Amor*, libro de «memorias literarias», como la búsqueda de fuentes ha probado repetidamente. Aun un episodio aparentemente tan realista como el encuentro del Arcipreste con una «dueña fermosa, de veldat» (c. 1322) en la Iglesia, depende de una tradición literaria como ha demostrado BERNHARD KÖNIG, *Die Begegnung im Tempel*, Hamburg, 1960, págs. 73-5. La presencia de este *topos* se les ha escapado a los editores del *Libro de Buen Amor*.

(ca. =1140?). Según la señora de Malkiel, la manera en que los dos se encuentran «recuerda la aparición de don Amor, no como el niño dios de la poesía grecorromana o el adolescente del *Roman de la Rose*, sino como 'un ome grande'»³. Esta semejanza —que constituiría una prueba más del origen mudéjar del *Libro de Buen Amor*— ha parecido demasiado vaga. J. McLujan, reseñando el ensayo de la señora de Malkiel, ha objetado que hay gran diferencia entre un «gigante» y un «omne grande»⁴. G. Sobejano piensa lo mismo y cree que la figuración de don Amor «debería ser puesta en relación [...] con el hecho (que no veo explicado por nadie) de que el poeta concibe a don Amor como marido de doña Venus y no como hijo; y además, no debe olvidarse que un maestro de habilidad y de medida mejor queda encarnado en ese hombre grande, hermoso y mesurado que en el travieso niño de la mitología»⁵. J. Joset, comentando la cuaderna, no está convencido de la propuesta de la señora de Malkiel, y no le «extrañaría que se hallase un retrato —con el detalle corolario Venus mujer de don Amor— en la tradición ovidiana europea»⁶. Y, de hecho, G. B. Gybbon-Monypenny ya había hecho este hallazgo: «The only work in which I have seen Amour described as Venus's husband is Nicole de Margival's *Dit de la Panthère d'Amours* [...]. It is, perhaps, no more than coincidence that in this work too the poet-lover is advised by both god and goddess in turn as to how to approach his beloved»⁷. Tal vez sea por este hallazgo que M. Blecua afirma que el retrato de don Amor «corresponde a una de las varias representaciones medievales del dios mitológico, que no se ajusta a los esquemas clásicos»⁸. ¡Lástima que Blecua no nos diga cuáles son estas «representaciones medievales»!

Como el único dato hasta ahora cierto de un «señor de amor» se ha encontrado en el poema de Nicole de Margival, la inferencia de que Juan Ruiz hallara ahí su modelo es casi irrefutable. Sin embargo, las cosas

³ «Nuevas notas para la interpretación del *Libro de Buen Amor*», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIII (1959), págs. 17-82, luego reimpresso en *Estudios de Literatura Española y Comparada*, Buenos Aires, 1966, págs. 14-91; aquí la cita en la página 23.

⁴ In *Medium Aevum*, XXXII (1963), págs. 63-4.

⁵ «Consecuencia y diversidad en el *Libro de Buen Amor*», en *El Arcipreste de Hita —El libro, el autor, la tierra y la época—*, Actas del II Congreso Internacional sobre el Arcipreste de Hita, Barcelona, 1973, pág. 11.

⁶ Ed. cit., pág. 74.

⁷ «Dixte la por te dar ensienpro: Juan Ruiz's Adaptation of the Pamphilus», in *Libro de Buen Amor Studies*, ed. by G. B. Gybbon-Monypenny, Londres, 1970, páginas 123-147; la cita está en la página 127 n. Véase también V. MARMO, *Dalle fonti alle forme - Studi sul Libro de Buen Amor*, Nápoles, 1983, pág. 44.

⁸ En su edición del *Libro de Buen Amor*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 34.

no son así, ya que la figuración de Amor como hombre —rey, caballero, o, sencillamente «hombre hermoso»— es desde el siglo XII perfectamente documentable. Se encuentra, por ejemplo, en un texto de la tradición goliardesca, la *Altercatio Phillidis et Florae*, texto probablemente conocido por el Arcipreste⁹:

Inter haec aspicitur
Cythereae natus,
vultus est sidereus,
vertex est pennatus,
arcum laeva possidet
et sagittas latus:
satis potest conjici
potens et elatus¹⁰

donde de la figuración tradicional del arquero sale, como de una larva, la de un hombre guapo («vultus sidereus»), fuerte («potens») y alto de estatura («elatus»).

El dios de Amor aparece como un mortal cualquiera en otro texto del siglo XII también conocido por Juan Ruiz. Es el *De amore* de Andreas Capellanus. Aquí, en el quinto diálogo del primer libro donde se describe su palacio, se le ve en persona:

Quum autem vehementer crederem meum inter ipsos dominum equitare, non modice gavisus, prout poteram, nitebar praedictae appropinquare militiae. Intuens autem diligenter oculorum ipsum visu nullatenus percipere potui, quia non aderat inter ipsos, quumque magis equitantibus appropinquarem et attentius decoram valde multitudinem intuerer aspiciens, vidi hominem praecedentem et in spectabili equo nimis formoso sedentem aureo diademate coronatum¹¹.

La tradición provenzal tuvo sus dioses de amor. En el poema único conocido de Peire Guillem, *Lai on cobra sos dregs estatz*, se habla del dios de amor como «Bel e gran e fort», y se dice también

Ab tant vec vos venir de lai
un cavazier,
bel e gran e fort e sobrier
e lonc e dreg e ben talhatz!

⁹ Cfr. F. LECOY, *Recherches sur le Libro de Buen Amor*, París, 1938, pág. 253.

¹⁰ *De Phyllide et Flora* estrofa 72 del texto publicado en *Carmina Burana* por A. Hilka-O. Schumann, Stuttgart, 1847 (reprint Rodopi, Amsterdam, 1966), páginas 155-65.

¹¹ Ed. P. G. WALSH, *Andreas Capellanus on Love*, Londres, 1982, págs. 104 y 106.

Dir vos ai a que-l conoscatz:
 tot so que-l ve de lhui fa festa,
 que-l peal a bloy sus en la testa,
 e fon per la cara vermelhs,
 car tocat l'i ac lo solelhs,
 qu'escapatz fo del clar mati.
 Et anc nulhs hom que fos aqui
 non vi plus gay ni menhs iros.
 Los huelhs ac vars e amoros,
 e-l nas fo bels e gen formatz,
 e las dens foro, so sapchatz,
 plus blancas que non es argens;
 la boca fresca e rizens;
 larc ac lo col, la gola blanca
 plus que neus ni flors sus en branca;
 amplas espallas e costatz,
 e pels flancs fon gros e cairatz;
 lonc cors e dalgatz per sentura:
 e fon larcs per la forcadura,
 cambas e coichas de faisso ¹².

versos que casi en forma idéntica se encuentran también en el poema *Jaufre* ¹³.

En la literatura del norte de Francia se dan muchos ejemplos de «señores» y «reyes» de amor además del de Nicole de Margival ya recordado por Gybbon-Monypenny. Una reseña muy rica de todos los «juicios de amor» (donde Amor aparece como juez) y de muchos poemas alegóricos (donde Amor está personificado como hombre mayor) se puede ver en el estudio de Doris Ruhe ¹⁴.

Otro ejemplo importante se encuentra en el tercer capítulo de la *Vita Nuova* de Dante. La segunda vez que ve a Beatriz y que le saluda, Dante se encierra en su habitación y se duerme:

¹² De este texto, que sobrevive en un manuscrito único, hay dos ediciones parciales, la primera en M. REYNOUARD, *Lexique Romane*, 1, París, 1838, págs. 405-17; la segunda en K. F. BARTSCH, *Chrestomatie Provençale*, ed. Marburgo, 1904, col. 291-92 de la que se cita (columnas 291-92). Una edición completa la está preparando R. Taylor quien la anuncia en «The figure of Amor in the Old Provençal narrative allegories», en *Court and Poet*, ed. G. S. Burgess, Liverpool, 1981, págs. 309-17, donde se presentan datos interesantes para el problema que aquí tratamos.

¹³ Véase M. VUYLSTEKE, «Amor dans la littérature Provençale. Quelques réflexions à propos d'un livre récent», en *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, LIII (1975), páginas 804-14; la comparación con el *Jaufré* está en la página 814, nota 38 (pero ya Bartsch había notado tal semejanza). El libro que Vuylsteke reseña es el de D. Ruhe (cfr. *infra*).

¹⁴ *Le Dieu d'Amours avec son Paradis - Untersuchungen zur Mythenbildung um Amor in Spätantike und Mittelalter*, Munich, 1974.

E pensando di lei mi sopragiunse uno soave sonno, ne lo quale m'apparve una meravigliosa visione: che me pareva vedere ne la mia camera una nebula di color di fuoco, dentro a la quale io discernea una figura d'uno signore di pauroso aspetto a chi la guardasse; e pareami con tanta letizia, quanto a sé, che mirabile cosa era; e ne le sue parole dicea molte cose, le quali io non intendea se non poche; tra le quali intendea queste: «Ego dominus tuus...»¹⁵.

Estos datos y otros que se podrían añadir son suficientes, creo, para demostrar la presencia de una tradición a la cual el Arcipreste se atuvo cuando quiso crear a don Amor. Esta tradición innovadora respecto al modelo clásico no tendría que extrañarnos. El niño alado y travieso, que personifica la irracionalidad del amor, tenía que ser persona no grata en el mundo cortés ya que el mundo cortés no podía concebir el amor como pura fuerza irracional. De hecho, en este mundo el amor aun siendo una pasión, y por lo tanto no racional, es también un manantial de virtud, de civilización y es uno de los *magnalia*, como diría Dante¹⁶, del gran canto cortés. Es normal, pues, que la prosopopeya de esta fuerza sea un «señor fermoso y mesurado».

PAOLO CHERCHI

The University of Chicago

¹⁵ Ed. D. de Robertis, Milán-Nápoles, 1980, págs. 37-8.

¹⁶ *De Vulgari eloquentia*, II, 2.